

101
(042)
5

UNIVERSIDAD NACIONAL DE LA PLATA

JUVENTUD Y ARGENTINIDAD

*Discurso pronunciado por el Presidente de
la Universidad Nacional de La Plata,
doctor Alfredo L. Palacios, en la colación
de grados de 1943*



LA PLATA (R. A.)

1943

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

JUVENTUD
Y
ARGENTINIDAD

UNIVERSIDAD NACIONAL DE LA PLATA

DONACION
DE
*Universidad
nacional de la
Plata*

JUVENTUD Y ARGENTINIDAD

*Discurso pronunciado por el Presidente de
la Universidad Nacional de La Plata,
doctor Alfredo L. Palacios, en la colación
de grados de 1943*



INV 017827

SIG

*4011
(042)*

LIB

5

LA PLATA (R. A.)

1943

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

Juventud y Argentinidad

SUMARIO: I. Nueva Tierra y nueva vida. — II. Función de la Universidad. — III. El problema que plantea la técnica separada de la ética. — IV. No hay que retroceder. — V. Los extremismos de derecha e izquierda. — VI. Nacionalismo argentino. — VII. El criterio de argentinidad. — VIII. El hombre y el Estado. — IX. La democracia constructiva. — X. La libertad. — XI. Símbolo de nuestra patria. — XII. La juventud no está corrompida. — XIII. La construcción de la paz. — XIV. Misión de la juventud.

Jóvenes graduados:

Nos vamos a separar. Esto me produce alguna desazón, explicable inquietud interior, pero a la vez me conforta, porque estoy seguro de que vuestra iniciación, en la vida futura, será noble y generosa.

Yo afirmo, porque os conozco, que vuestra conducta será clara y limpia y estaréis siempre al servicio del pueblo que con su esfuerzo ha costado gran parte de vuestros estudios. Yo

afirmo de nuevo que seréis veraces, justicieros y caballerosos y que por eso, si alguna vez un joven elude responsabilidades o permanece indiferente ante la injusticia o la opresión, podré asegurar que ese joven no se ha graduado en la Universidad Nacional de La Plata.

Antes de separarnos quiero conversar con vosotros, como si fuera **vuestro padre**. Tengo la esperanza de que mis palabras influyan en vuestra vida.

I - NUEVA TIERRA Y NUEVA VIDA

Circunstancias imprevistas han determinado, este año, que la colación de grados deba verificarse en vísperas de la fecha evocativa del día en que América surgió desde el fondo de los mares, ante los ojos atónitos del viejo Continente. Aun de manera incidental recordemos, pues, como simple evocación de nuestro pasado y a propósito de la gloriosa efemérides, que el magno acontecimiento, —sin duda el más grande de la historia y que marca el comienzo de otra edad,— lo gestó el idealismo de nuestra raza y

su empuje temerario. Tan vasta es la dimensión de la nueva perspectiva que el descubrimiento y la conquista de este mundo, ofrece al género humano, que después de cuatro siglos y medio, transcurridos con exceso, no se ha conseguido aún adaptar la visión conceptual al gigantesco cambio que entraña la existencia de la nueva tierra en el sistema de concebir el rumbo y la trayectoria del propio destino. Si analizamos someramente nuestros juicios, nos sorprenderemos al advertir que muchos de nosotros mismos, aparecemos ajenos a la transformación y seguimos arrastrando el lastre de los viejos odios y de exóticas preocupaciones, extrañas completamente al aire que respiramos y a la tierra que ha sido nuestra cuna y sobre la cual nos movemos. Es decir, que en las cuestiones fundamentales todavía pensamos y procedemos como si fuésemos europeos, prolongando innecesaria y absurdamente la manera de sentir y razonar, propia de estados sociales perimidos, como herencia del coloniaje de la que debemos liberarnos. Y esto es funesto.

II - FUNCIÓN DE LA UNIVERSIDAD

Entre el antiguo y el nuevo mundo existe implícita una vital diferencia de enfocamiento. Mientras aquel dirige sus ojos al pasado para deducir el porvenir, nosotros, por lo contrario, debemos mirar de frente al futuro y planear nuestra vida, modelándola de acuerdo con las nuevas posibilidades. Aquí todo está por hacerse: el cultivo de la tierra, la explotación de las minas, la transformación de las materias naturales. Solamente el desarrollo de la riqueza ganadera, agrícola y forestal entraña ya incalculables perspectivas de beneficio económico. Gran parte de la tarea consiste en capacitarnos a los efectos de organizar la explotación, administración y distribución de tan ingentes riquezas. Para poder realizarla, lo primero es cultivarnos nosotros mismos, porque la tierra no es más que un laboratorio donde el hombre opera como químico; ahora, sobre todo, que el cerebro reemplaza al músculo. La Universidad argentina, por eso, no puede considerarse como en Europa, institución más o menos suntuaria para cierta clase social, destinada, en primer término, al estudio del pa-

sado. La Universidad, para nosotros, debe ser un taller intelectual, campo de trabajo colectivo, en el cual se genera el porvenir, y por lo mismo no ha de entrañar ningún concepto de clase, sino de matiz social donde la vida se transforma, concretada en funciones diferenciales que se integran entre sí, todas igualmente dignas, necesarias y fecundas. Ya ha incorporado sectores como el de la estética, que antes le eran extraños; puede, por tanto, preverse el día en que el conjunto de las actividades de carácter colectivo tengan representación en la Universidad para estructurarse y elevarse. Y en consonancia con el avance vertiginoso de la industria, dinamizada por la mecánica, no será aventurado suponer que la enseñanza superior llegue a una difusión insospechada, en la compleja y total diversidad de sus especializaciones.

Esta visión panorámica de un porvenir constructivo, en que a la Universidad le corresponde la función coordinativa y directora de las diversas actividades, no es utópica si pensamos como iberoamericanos y si unimos la técnica a la ética. En cambio, tal concepción no podría imaginarse en el otro continente, sino como resulta-

do problemático de cataclismos sociales que desarraigaran el pasado y originasen el nacimiento de una nueva orientación de la existencia. Por eso, las ideologías del viejo mundo, generalmente inspiradas en tendencias militantes y antagónicas, carecen, para nosotros, de realidad, de sentido y de vigencia psicológica; porque proceden de la reacción o del resentimiento contra fuerzas de arraigo secular, principalmente económico, mientras que el problema nuestro es crear riqueza y organizar la economía conforme a las nuevas técnicas y a la unidad moral y social, que son y deben ser, siempre, nuestro fundamento inquebrantable.

Por paradójico que parezca, lo más difícil es convencernos de que el pasado de la cultura lo llevamos ya en nosotros mismos, en las instituciones y creencias, cuya substancia debemos conservar. El porvenir está en América: en la penetración de nuestros pueblos, y el intercambio de sus valores.

Resulta, pues absurdo que fijemos la mirada, para tomar inspiraciones, en el caos del odio y la destrucción que está devastando a Europa. Allí, las estructuras morales, cristalización de las

más altas conquistas de la especie, se derrumban y aparece la violencia brutal, el poder de las cosas, exaltando las energías instintivas, puramente biológicas. Ese caos demuestra, precisamente, que ha llegado para América el momento de asumir la iniciativa, sintiéndose desligada de ataduras ancestrales, a objeto de construir las normas de una nueva vida.

III - EL PROBLEMA QUE PLANTEA LA TÉCNICA SEPARADA DE LA ÉTICA

Ha de resolverse, previamente, porque encierra una fundamental cuestión ética, el problema planteado por la técnica desvinculada de todo principio moral y que sumerge al hombre en la catástrofe de la destrucción. América iniciará la cruzada con el fin de obtener que las grandiosas conquistas de la máquina y las luces del conocimiento se pongan al servicio de los hombres.

Con pocas excepciones, el trabajo técnico, hasta la invención de la máquina a vapor, estaba vinculado, según se reconoce invariablemente, a

las fuerzas del cuerpo humano, auxiliado por las potencias naturales técnicamente utilizables y por herramientas poco complicadas. Los trabajos técnicos, se ha dicho, representaban, sólo, grandes trabajos humanos; el trabajo de la rueda hidráulica, del molino de viento, de la noria y de la palanca, podía ser efectuado por el hombre.

Hasta la mitad del siglo XVIII, el hombre fué, pues, la medida de lo técnicamente posible. Pero, con la invención de la máquina a vapor, se acumularon energías mecánicas en cantidades fabulosas, y en ella creyeron todos aquellos para quienes el destino del hombre es sólo un problema de la ciencia, del método, de la energética, de la organización, es decir, un problema que puede ser satisfactoriamente resuelto de afuera para adentro, mediante una técnica cada vez más perfecta.

La máquina desencadenó las fuerzas al infinito, pero no sólo no trajo la felicidad, ni suprimió la miseria, con lo que soñaba Bacon, el señor de Verulam, en su utopía de la Nueva Atlántida, sino que ha creado la masa humana, sometida, esclavizada, explotada, que en la vorágine del

trabajo se fatiga, se agota y degenera. La máquina deshumaniza al mundo; ahí está la gravedad del problema que plantea el dominio desconcertante de la técnica. El poderío casi irreprimible logrado por el maquinismo marca la última etapa en la lucha que sostiene el hombre para conquistar a la naturaleza.

IV - NO HAY QUE RETROCEDER

Si el hombre resultase incapaz de someter a la máquina, ésta aumentaría cada vez más su imperio y arrastraría a aquél a su propia ruina, realizándose así el destino trágico anunciado por Spengler en *El hombre y la Técnica*.

Destruir la máquina sería insensato. Lo repudiable es el empleo que se hace de ella. Destruirla significaría la derrota del poder creador del hombre y la confesión de su impotencia para administrarla y dirigirla.

Por otra parte, la vida humana es una acumulación creciente de problemas y dificultades y su grandeza consiste en la constante necesidad de superarse.

Todo paso regresivo en la senda de nuestro progreso sería una cobarde deserción.

Hay que someter la técnica al espíritu, utilizándola en beneficio colectivo.

Y para llegar a eso que significa una nueva edad creadora, será menester —jóvenes que dejáis la Universidad— trabajar en dos direcciones, de adentro afuera para obtener una transformación interior y de afuera adentro porque el proceso semi-mecánico de las cosas influye en la dirección del espíritu.

Ahí tenéis —jóvenes amigos míos— para vuestras pujantes energías y generosos entusiasmos un vasto campo de acción, un horizonte sin límites.

V - LOS EXTREMISMOS DE DERECHA E IZQUIERDA

Pero marchad de frente hacia el porvenir. No se aferre la juventud, con obstinación, al pasado muerto, aunque lo respete, si no quiere envejecer prematuramente; y observe que estamos en retardo con respecto a nuestra propia realidad.

Enfrentarse a lo futuro es azaroso porque exige la creación de normas; tal es la actitud fecunda y vivificante.

Imitar a los otros es un impulso inconsciente que no exige reflexión sino para resistirlo. Obedeciéndolo, negamos la propia originalidad y nos convertimos en apariencias de una realidad ajena. Ser uno mismo es difícil, pero es la única manera de vivir.

Hoy que se exalta el valor, aunque sea el de exterminar, reconozcamos que lo que exige más coraje y audacia es existir por sí mismo; realizar una obra constructiva, obedeciendo a la propia índole; tener personalidad. Si los hombres conservaran esa virtud decisiva, habría colectividades conscientes de su destino, dueñas de su voluntad, creadoras de nuevas sendas y formas vitales. Imitar a los otros es más grave todavía, cuando se trata de ideologías que derrumban al mundo y vienen del pasado, desde el fondo de la historia; ideologías que triunfantes, pondrían sobre nuestro pueblo la marca del despotismo de los imperios asirios, que el Leviathan de Hobbes convirtió en sistema, y donde el hombre es absorbido por el Estado totalitario.

No copiemos a los extranjeros sus extremismos de derecha o de izquierda, que imponen consignas deprimentes, impiden pensar y tener voluntad propia, y convierten a los hombres en autómatas manejados por hilos invisibles.

Seamos nacionalistas en el sentido propio y original en que ni siquiera se usa esa palabra, que en ocasiones es la etiqueta para negociar mercancías de contrabando. Eso reclama valor, audacia, austeridad y una energía sin límites para defender lo nuestro contra todos los ataques del interés, de la envidia y a veces de la ignorancia.

VI - NACIONALISMO ARGENTINO

En el concepto argentino, único que nos interesa, ser nacionalista es sentir en el fondo del alma la elevación moral de San Martín, su voluntad de liberación, su desprendimiento ilimitado, su autonomía ética, que exaltaba a los hombres en vez de deprimirlos. Es adoptar la energía libertaria de Moreno, quien con ímpetu inigualado defendía los derechos colectivos e

individuales a la libertad, que es imperiosa exigencia de la dignidad humana. Es mantener el principio constructor de Rivadavia, que trazó planes y rumbos, cimientos y directivas para edificar una sociedad nueva. Es aceptar el concepto básico de Echeverría, de proclamar como **dogma** los principios de asociación, progreso, libertad, igualdad y fraternidad, términos correlativos de la gran síntesis social y humanitaria, símbolos del venturoso porvenir de los pueblos, según sus propias palabras. Es estudiar los postulados fundamentales de Alberdi, el vigoroso pensador para transferirlos a nuestras vidas. Es esforzarse por asimilar la energía titánica de Sarmiento, que en defensa de nuestro porvenir puso una marca de fuego sobre los enemigos de la cultura, quienes ahora, redivivos, se siguen rebelando contra él. Ser nacionalista entre nosotros es defender, preservar y cimentar nuestras libertades consagradas por la Constitución, que debe ser obedecida para que haya patria, según lo afirmara con energía indomable y elocuencia arrebatadora Mamerto Esquiú, el fraile valeroso y austero. Ser nacionalista es defender con la conducta y el pensamiento, cada una de nues-

tras conquistas para enriquecerlas y purificarlas. El pensamiento de Mayo fué **libertador** y justiciero. Menester es repetirlo frente a los que ignoran nuestra historia y no saben de los sacrificios cruentos para conquistar la **libertad**. Todo es lucha, sin duda, pero el objeto de la contienda es siempre la libertad. El hombre está simbolizado dijo Bovio —el pensador italiano— en aquél Catón que **va en busca de la libertad**. La libertad es el supremo fin histórico y cualquier otro problema se encuentra en razón de medio con respecto a la libertad.

VII - EL CRITERIO DE ARGENTINIDAD

Los próceres surgidos de la Asociación de Mayo prepararon al país para rechazar toda ideología que pretendiera mutilar la **eminente dignidad humana**, el concepto de la autonomía individual, el valor inestimable de la personalidad y de la solidaridad, afirmado para siempre por el Cristianismo. Pero las ideologías contrarias a la argentinidad han entrado en la tierra sagrada de la patria, las de derecha, con icono-

clastas desplantes brutales, y las de izquierda, con procedimientos mezquinos de penetración subrepticia en las filas del adversario, para poner en práctica la táctica del personaje de Racine: "Abrazo a mi rival porque ese es el mejor modo de ahogarlo". Ambas son ideologías totalitarias, ajenas a nuestra tradición de libertad, porque sostienen que el Estado debe absorber al hombre, en virtud de constituir una fuerza espiritual que resume todas las formas de la vida moral e intelectual.

La argentinidad repudia la absorción del individuo por el Estado. No quiere que el hombre resulte sólo una rueda en el monstruoso mecanismo.

La verdad es, que el hombre debe ser precisamente, lo contrario. El Estado es un medio al servicio de la personalidad humana; un instrumento admirable creado por el hombre para desarrollar armoniosamente sus facultades, cumpliendo así su fin. Esto implica el reconocimiento de un valor ético superior, total e independiente.

Lo más característico entre nosotros es el sentido de independencia personal. El senti-

miento argentino estima la libertad individual a la par de la existencia. Podríamos resignarnos a todo con tal que no se pretendiera deformarnos ó reducirnos en nuestra personalidad. De ahí que nuestro concepto del Estado sea la antítesis del totalitarismo. No se ha creado el Estado para ahogar al individuo, sino para exaltarlo, aun admitiendo su subordinación en lo que atañe al interés común y siempre que se obtenga el consentimiento de la mayoría.

VIII - EL HOMBRE Y EL ESTADO

La ética estatal o mejor dicho, la falta de ética, lleva a la divinización del Estado y de las ideas que en el Estado se creen hipostasiadas.

Esto, que no existía como doctrina cuando se escribió el Dogma de Mayo, era ya repudiado por nuestro Echeverría, expresión genuina de la argentinidad, porque a ello lo impulsaba la índole de nuestro pueblo. El Estado mantiene, en la concepción democrática que auspició desde 1838 y que constituyó el fundamento de nuestras instituciones libres, las garantías de exis-

tencia, de orden, de civilización sobre la base in-conmovible del respeto a los derechos individuales.

El Estado equilibra las fuerzas, pero no destruye ninguna. Coordina las relaciones entre los hombres, mas no las anula; antes al contrario se pone a su servicio, y en él, la ley limita la esfera de acción de los gobernantes. El Estado es una creación del derecho, magnífica creación, que impone la disciplina y la jerarquía pero para implantar la justicia, garantía de libertad.

La voluntad de poderío es una fuerza biológica elemental. Y esa energía sería funesta si no existiera una voluntad de justicia que le da forma. El derecho marca fronteras al poderío. La forma organiza la fuerza; el derecho organiza el poder, se ha dicho con razón, y el Estado debe basarse sobre la colaboración del poder y el derecho complementándolo armoniosamente. Para el Estado de derecho, el hombre es una persona, una entidad moral que piensa, siente y quiere con libertad, es decir, un fin en sí. En el Estado totalitario sólo es un instrumento. El Estado totalitario es poder central, absoluto, i-

mitado; exige la supresión de las libertades políticas y civiles; es facción armada, dominadora. Afirma: todo en el Estado, nada contra el Estado, ni fuera del Estado. Y esto es absurdo, pues si somos parte del Estado en razón de ciertas relaciones de la vida común que interesan a nuestro ser íntegro, es evidente, como lo sostiene Maritain, que en razón de otras relaciones, hay en nosotros bienes y valores que no son para el Estado ni del Estado y están por encima del Estado. El Estado totalitario no tolera adversario, ni ideas contrarias, ni voz disidente; en él los hombres no son ciudadanos; forman rebaño que marchan con paso isócrono.

IX - LA DEMOCRACIA CONSTRUCTIVA

Contra los totalitarismos de derecha y de izquierda, afirmemos —jóvenes amigos— la democracia liberal, y constructiva, inspiradora de nuestras instituciones y forma política que representa la más alta voluntad de convivencia. Ella lleva al extremo, la resolución de contar con el prójimo, ha dicho Ortega y Gasset; el

poder público se limita a sí mismo y procura, aún a su costa, dejar espacio en el Estado para que puedan vivir quienes no piensan ni sienten como él, es decir como los más fuertes, como la mayoría. El liberalismo democrático resulta así para el filósofo, la suprema **generosidad**. Consiste en el derecho otorgado por las mayorías a las minorías y es, por tanto, el más noble grito que ha sonado en el planeta.

Eso es el religioso e inviolable respeto a los derechos de todos y cada uno de los miembros que componen el pueblo. La institución del gobierno no es respetable sino en cuanto propende a asegurar a cada ciudadano sus derechos y principalmente su libertad. Si no los asegura, la fuerza del gobierno nos acerca a la horda.

Según Arhens, la democracia opone a la frase de Luis XIV "El Estado soy yo", esta otra: "El Estado somos nosotros". Al estudiar las teorías democrática y autocrática del Estado, Kelsen, sin citar la fuente, dice exactamente lo mismo.

Defendamos la idea democrática: de ella depende el porvenir de la Argentina, que segui-

rá siendo nación monitora en nuestra América a pesar de eclipses transitorios.

La idea democrática, en virtud de la cual únicamente, puede justificarse una fuerza política o social por voluntad de los que están sometidos a ella, aparece inconmovible, pues **no hay otra manera de legitimar el poder**. Por eso debemos perfeccionarla y dignificarla; acercar cada vez más la realidad al ideal, para que el pueblo sea la nación organizada donde resida realmente la soberanía; y permitir el libre juego de nuestras instituciones, impidiendo la degeneración centralizadora, que si perturba en el orden económico, es detestable desde el punto de vista moral, al conducirnos a la teoría de que la fuerza del Estado crea el derecho, y que el derecho es la política de la fuerza.

Al salir de esta Universidad luchad, —jóvenes graduados— por una democracia activa, generosa, entusiasta, capaz de retomar el ímpetu de la expansión inicial, entrenada en el esfuerzo, en la disciplina y en el culto de los valores espirituales; por una democracia que tenga alma, pues solamente con esta condición podrá realizarse la restauración moral del Estado. Será me-

nester reconstruir los principios éticos, forjar un elevado ideal del hombre, partiendo de la realidad, de los medios aportados por la cultura y del concepto democrático de la vida, que, en definitiva, es el sentido cristiano.

X - LA LIBERTAD

Hemos de erigir como dogma la responsabilidad individual y colectiva, organizando su ejercicio y su sanción. Y de esa responsabilidad que ha de asumir cada uno frente a los destinos del país, surgirá el principio de las jerarquías, ya que las desigualdades funcionales entre los hombres tienen origen en las diferencias de poder y extensión de responsabilidad. Hacer efectivas esas responsabilidades en una acción permanente de formación de la conciencia, para elevar el nivel de la salud, de la sabiduría y de la riqueza espiritual: he ahí la tarea a realizar, pero con la convicción íntima —jóvenes graduados— de que por sobre todas las cosas hay que saber morir por la libertad. No atribuyo a estas palabras, únicamente, el sentido negativo de in-

molación personal, sino el de valor viril, el de austeridad ejemplar, el de plena responsabilidad en la dirección del timón de nuestra vida, para que no nos arrastre el ciego impulso de los instintos o la tornadiza corriente de los acontecimientos, y podamos decir con el poeta inglés:

"I am the master of my fate,
I am the captain of my soul".

Soy el dueño de mi destino y el capitán de mi alma.

La libertad, grávida de deberes, es un imperativo que llega a nuestra conciencia desde el viejo solar hispánico, sentido hondamente por los constructores de la argentinidad. Pero es eterna y universal.

Gladstone, ya resuelto a retirarse de la política, magnífico en su ancianidad gloriosa y pleno de vigor, conversaba en Roma con el primer Ministro del Reino. Hablaba de la libertad, exaltándola como el bien supremo. De pronto el estadista italiano observó que Gladstone se transformaba. Erguido, con la pupila llena de luz y el gesto varonil dijo: "La libertad es como el aire: se siente su necesidad sólo cuando empieza

a faltar. Ciertó que también se puede vivir en una mina o en una cárcel, pero no sentimos la alegría de la vida y la salud sino donde el aire es puro y libre. Un pueblo no puede hacer nada grande sin libertad".

Jóvenes argentinos, graduados en esta Casa de estudios, donde el fundador ilustre afirmó que el primer deber de la Institución era la defensa de la libertad: no olvidéis nunca que la libertad es exigencia de nuestro destino y vale más que la vida.

Los hombres que no están dispuestos a morir por ella son dignos de lástima.

XI - SÍMBOLO DE NUESTRA PATRIA

Entre tanto, cuidemos, con amor, de nuestro pueblo, que ha crecido lentamente, prolongando con hondura sus raíces en la pampa inmensurable y en las montañas andinas, y las ha regado con la sangre de su sacrificio; que se ha elevado a los espacios desafiando las tempestades, como árbol secular, cuya sombra protectora puede cobijar las caravanas llegadas desde todos

los rumbos del horizonte y cuyos frutos alimentan a las familias patriarcales que se refugian en derredor de su tronco. Es árbol ya centenario, pero vigoroso y floreciente, curtido en los huracanes, resistente contra el rayo atraído por su propia altura, y fuerte como el quebracho capaz de romper el hacha del leñador. Claro está que por su propia magnitud ofrece nido a los pájaros del cielo y guarida a no pocas alimañas. Pero nutre, resguarda y presta abrigo a multitudes germinadoras, que llevan en sus entrañas las semillas de la paz y la libertad.

Es un árbol sagrado que debe ser contemplado con veneración y reconocimiento, y regado con amor. Es el árbol de la nueva humanidad en cuya corteza rústica, pero sensible, quedan grabados los nombres de todos sus bienhechores, mientras se borran las huellas de los que atentaron contra él.

Cultivémoslo, dándole riego de fe, de saber y de sacrificio. Esa es nuestra misión y estemos seguros de que al cumplirla, encontraremos la más alta recompensa en nuestra conciencia de hombres libres.

XII - LA JUVENTUD NO ESTÁ CORROMPIDA

Y ahora —señores— permitidme que como Rector de esta ilustre Casa, responsable de la orientación en la vida de doce mil estudiantes que en la Universidad trabajan por la ciencia y por la patria, permitidme —repito— que defienda a la juventud de la imputación de estar corrompida, reiterada desde hace tiempo por hombres de distintos sectores y altas esferas.

Se ha afirmado que la dirección de los pueblos es ante todo un fenómeno de fe, recíprocamente producido entre la conciencia colectiva y los hombres que la representan y encarnan. ¿Y qué fe podría sentir, y por lo mismo inspirar, quién supusiera que la juventud está corrompida?

¿Cuál sería el porvenir de una nación cuyos jóvenes estuvieran corroídos por las lacras del escepticismo, la simulación, la sensualidad venal? Un país en que la juventud hubiese descendido a ese nivel estaría minado en sus cimientos y sucumbiría a un proceso de creciente desintegración.

No es este, lo afirmo categóricamente, nues-

tro caso. La juventud argentina no está enferma ni corrompida; acaso en algunas ocasiones se sintió desorientada, lo cual no debe extrañarnos, si consideramos que eso mismo ha ocurrido en todo el mundo y con frecuencia a sus propios maestros. Y es que estamos en presencia de vastos panoramas sociológicos y de problemas inéditos cuya solución reclama colaboración consciente, sagacidad y experiencia. Ya no es posible atenerse al instinto y a la costumbre; ni podemos proceder obedeciendo a reacciones primarias y emotivas. Nos hallamos enfrente de peligros cuya magnitud no es fácil calcular y cuya índole es indefinida.

Avanzamos en la sombra, tanteando, con decisión contenida, pero animados por la gran esperanza de ser en América la reserva de salud y de equilibrio moral, de entrañar ese fondo de fe en el porvenir, que necesita el mundo para integrarse a su unidad, una vez superada la catástrofe, y retomar su camino de creación del que lo han extraviado la prepotencia y el odio organizados.

XIII - LA CONSTRUCCIÓN DE LA PAZ

Se están ya previendo los arreglos en la producción y distribución de la riqueza para cuando termine esta inacabable orgía de sangre; pero ¿se ha pensado, acaso, en el estado moral en que va a quedar el hombre, abandonado a la ruina de los sentimientos, despedazado su espíritu? ¿no se advierte que lo más fundamental es restañar las heridas, los hondos desgarramientos producidos en la confraternidad humana y de los pueblos y que esto no es posible improvisarlo ni producirlo artificialmente?

¿Incurriremos otra vez en el error de siempre, de prestar más atención, esfuerzos y sacrificios a la guerra que a la paz, haciendo así que se arraigue aquel cáncer de los pueblos?

Hemos de construir la paz heroicamente, siendo fieles empero a nosotros mismos en la práctica de los principios de libertad por los cuales hoy arriesgan su existencia tantos millones de seres humanos. Debemos ofrecer a todas las naciones un ejemplo de vida superior, dominando los antagonismos, prepotencias y ambiciones que pudieran dividirnos, para infundir la fe

en el afinamiento de la justicia. Ante la victoria inexorable y ya visible de los que combaten por el espíritu, sería trágico que alguien pudiera suponer que nosotros aparecemos como derrotados sin luchar, cuando la verdad es otra. Hemos peleado, y por cierto tenazmente, contra los impulsos regresivos estimulados por el sistema de la mentira oficial, corruptora de las clases dirigentes, no del pueblo, porque la mentira es un veneno que intoxica al victimario, no a la víctima. Contra esa perversión ha combatido la juventud, a veces equivocándose en los medios elegidos para su acción. Mal pueden tener el derecho de lanzar contra ella el cargo de corrupción quienes no le han ofrecido la oportunidad de actuar y expresarse libremente en el ejercicio de su voluntad política y actuante.

XIV - MISIÓN DE LA JUVENTUD

Soy un convencido que los jóvenes purificarán las fuentes envenenadas por la mentira de los malos pastores. Sólo los jóvenes podrán encontrar el rumbo cierto que conduzca a una

existencia más bella, más decorosa y más libre.

En esta Universidad estudian 12.000 jóvenes que trabajan disciplinados y en silencio, forjando el porvenir. Somos la demostración evidente del valor de nuestras instituciones cuando se respetan y se cumplen sus preceptos. Somos expresión clara de la disciplina voluntaria que imponen con el ejemplo el profesorado y las autoridades de la Casa, dando vigor a las normas con su ciencia y su conducta. ¿Quién se atrevería a lanzar el cargo de corrupción en un medio como éste donde se ejercitan todos los derechos, se formulan todos los reparos, se rectifica el error y se enmienda la injusticia sin ninguna coerción, por el sólo imperativo del deber?

Pueden sentirse orgullosos y tranquilos nuestros graduados en la confianza de que siempre, para ellos, será resguardo de su conducta y sus títulos, la corrección intachable que rige en el funcionamiento de nuestra Universidad, en todas sus Facultades e Institutos, donde confraternizan las más diversas aspiraciones y se respetan los fueros de la conciencia individual.

Jóvenes graduados

Fuera ya de la Casa de Estudios que os acogerá siempre con cariño, id a cumplir vuestro deber, en la vida. El deber consiste, dice Goethe, en amar lo que uno se impone a sí mismo.

Esto se ha considerado como una rectificación al pensamiento de Kant, para quien la perfección moral estriba en cumplir *cueste lo que cueste*, lo que la razón práctica manda, *sin mezclar* en ello ni la sombra de una emoción.

Así —expresan los críticos del filósofo— el deber es una palabra dura, fría, implacable. Se teme la intervención del sentimiento en el mandato abstracto. Así el deber es *adusto, áspero y hosco*. El deber no es completo cuando se limita a hacer lo que la razón nos manda. Cumplir con nuestro deber amándolo es restablecer la verdad moral y humana; además, es bello.

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

INDICE

I - Nueva Tierra y nueva vida	6
II - Función de la Universidad	8
III - El problema que plantea la técnica separada de la ética	11
IV - No hay que retroceder	13
V - Los extremismos de derecha e izquierda	14
VI - Nacionalismo argentino	16
VII - El criterio de argentinidad	18
VIII - El hombre y el Estado	20
IX - La democracia constructiva	22
X - La libertad	25
XI - Símbolo de nuestra patria	27
XII - La juventud no está <i>arrompida</i>	29
XIII - La construcción de la paz	31
XIV - Misión de la juventud	32